
El Rey Midas y el Toque de Oro

Una Leyenda de la Grecia Antigua



Hubo un rey de Frigia cuyo nombre era Midas. Un día tuvo la buena suerte de hacerle un favor al dios Dionisos. En pago por el favor recibido, Dionisos le concedió hacer cualquiera petición que se le antojara y le sería concedida.

Midas era un avaro. Creía que no había cosa en todo el mundo mejor que el oro y pensaba que cuánto más oro tuviera cuánto más feliz sería. Así suplicó al dios que le concediera que “todo cuanto tocara se convierta en oro”. Dionisos se entristeció al oír este deseo tan miserable de parte de un rey, sin embargo, le otorgó su petición.

“Tu petición te es concedida”, dijo Dionisos al despedirse del avaro Midas.

Midas se sentó en su trono felicitándose por la buena suerte y por su sabiduría. Sus manos cayeron sobre los cojines de seda. Al toque de sus dedos, los suaves y bellos cojines se enfriaron y se pusieron duros y fríos. Su bello color carmesí desapareció dejando una brillante amarilla como el color del sol. Se habían vuelto oro.

Midas quedó encantado. Alargó la mano para tocar el oro y con la manga de su manto los rozó para darle mayor brillantez. Sin duda alguna, ellos eran de oro, ¡de oro puro! Y con emoción creciente Midas anduvo por el gran salón de su trono tocando todo de modo que resplandecía bajo los rayos del sol de la mañana.

Cuando los muebles del gran salón quedaron a su gusto, salió de su palacio, entrando en el bello jardín de rosas, dejando en el suelo sus huellas de oro puro. El jardín era un lugar muy hermoso. Por todos lados había rosas de todos colores, unas rosaditas, unas rojas encendidas y unas blancas como la nieve. Estas blancas eran el deleite de su amada hijita. Su fragancia llenaba todo el jardín y subía para llenar el cielo celeste que lo cubría. Por todos

lados se oía el canto de las aves y el zumbido de las abejas. Pero a Midas no le importaba ninguna de esas bellezas. Impulsado por su sed de oro, anduvo rápidamente de rosal en rosal tocando todos. Al fin, con la tarea terminada, dio la vuelta para entrar de nuevo en el palacio. El retintín de las hojas y las flores movidas por la brisa le parecía la música más dulce que jamás había escuchado.

Apresurándose entró de nuevo en el salón de su trono y mandó que sus esclavos le sirviesen su comida. Le obedecieron, y él con gran apetito se acercó a la mesa para comer. Pero en cuanto la comida tocó sus labios se endureció y se volvió oro. El vino y el agua, haciendo ruido metálico, se asentaron asentándose en el fondo de los vasos, trocados en oro puro. ¿De qué le servirían vasos y platos de oro, si a él le tocaba morir de hambre? Sus pensamientos tristes fueron interrumpidos por el lloro amargo de una niña. Alzando la vista, miró que su querida hijita entraba llorando en la casa llevando un ramo de rosas de oro en su mano.

“Oh, Papá”, gritó ella. “¡Alguien mató todos nuestros rosales!”

“Yo los troqué en oro, Hijita mía”, dijo Midas cariñosamente. “Así son más hermosas”.

“No, Papaíto”, dijo la pequeña niña. “Hazlas como eran”, suplicó echándose en los brazos de su padre. Cariñosamente él puso su mano sobre su cabecita y comenzó a decir: “No llores, Hija mía”. En eso sintió que sus bracitos se pusieron duro y al momento él estaba abrazando una estatua de oro.

Horrorizado, la tomó en sus brazos y la recostó sobre el lecho y gritando llamó a sus sirvientes. Pero ellos habían huido aterrorizados, dejando solo al rey.

Toda la mañana, el padre se quedó sentado llorando en el silencioso palacio al lado de la estatua que había sido su hija esperando y aún deseando que la muerte viniera y le llevara a él también. Por la tarde a la puesta del sol, Dionisos se le apareció otra vez, tal vez para consolarlo y alegrarlo en el ambiente triste y solitario del palacio. Con cara seria, le preguntó a Midas: “¿Estás contento y satisfecho?”

Y Midas humildemente le contestó, “Me equivoqué. Hay cosas mejores y mucho mejores que el oro. Yo las tenía sin saberlo. ¿Es demasiado tarde? ¿No puedes hacerme el favor de quitarme este don tan fatal? Para mí no pido nada. Solamente que me devuelvas la vida de mi hijita”.

Entonces Dionisos le mandó a bañarse en el río que pasaba por su jardín si él quería librarse de este poder detestable. Con una sonrisa de gratitud, el rey se volteó para darle las gracias al dios, pero Dionisos ya había desaparecido. Midas salió corriendo al río y se sumergió en las aguas. Al pisar las arenas de la ribera las dejó brillando, arenas doradas de oro. Refrescado y de corazón ligero y alegre, llevó consigo agua del río para rociar los rosales en el camino. Entonces regresando al lado de la bella estatua que antes era su hija, le dejó caer sobre la cabecita las gotas que restaban.

Con un suspiro la niña abrió sus ojos. Contempló a su padre y se volteó para ver el ramo de rosas que sostenía en sus manos. “¡Oh, Papaíto!” dijo ella. “Soñé algo horrible. ¡Soñé que alguien había trocado nuestros bellísimos rosales en pedazos de oro feo y detestable!”

“¿No quieres que vayamos a ver si es cierto?” preguntó Midas. Tomados de la mano el rey y su pequeña amada, salieron al jardín y descubrieron que las rosas florecían una vez más.